

dominios á pedazos, como el leproso sus carnes, por no haber reconocido el principio conservador y motor de las sociedades humanas, el principio de libertad. Hé ahí el contrasentido de la cuestión oriental, ese empeño de muchos en sostener lo que es completamente insostenible.

Pero dejando aparte Turquía, ¿qué es la guerra presente? La guerra presente es la misma guerra que entre helenos y troyanos del comienzo de la historia europea, cantada por las bellísimas rapsodias de Homero; es la misma guerra que entre los persas y los griegos, enaltecida por el sacrificio de las Termópilas y por los versos de Esquilo; es la misma guerra que entre los romanos y los cartagineses; es la misma guerra que entre Augusto y Cleopatra, la serpiente asiática cebada en el Nilo, para tentar á los generales romanos; es la misma guerra que entre los primitivos reinos de la península española y el califato de Damasco y Bagdad; es la eterna competencia de la historia, remedo de las eternas batallas de la naturaleza, en que combaten por sus ideas, por sus intereses y hasta cierto punto por su vida, el Oriente y el Occidente.

Y nosotros, España, Hesperia, la estrella de la tarde, la tierra donde el sol se pone, ¡ah! no podemos renunciar á todo poder y á todo influjo sobre el Oriente, cuando contamos allí un archipiélago magnífico, testimonio del mayor viaje marítimo que han realizado los hombres, del viaje de Magallanes; á las puertas de Oceanía, en el camino de California á China, los dos extremos del trabajo humano, cerca de Australia, y en cuyas islas muchos pensadores de esos que miran lo porvenir y á veces tienen iluminaciones proféticas, han puesto como el paraiso necesario á una de las venideras transformaciones de la humanidad y de su historia. Y es más, el Occidente entero no puede, no debe, no quiere renunciar al Asia como pretende una potencia que deseara convertir en tierra asiática toda la tierra europea, con la tribu comunista en su base y el despotismo autocrático en su cima. Ahora se trata de los Dar-

danelos, del mar de Mármara, de las bocas del Danubio, del Ponto, de la Armenia y del golfo Pérsico; pero mañana se tratará de las posesiones inglesas en la India, de Goa ilustrada por Alburquerque, de Pondichery y Conchinchina, que tanto interesa á Francia, de las islas holandesas codiciadas por una poderosa codicia; del archipiélago filipino. ¿Por qué razón, por qué causa el Occidente ve con indiferencia una guerra á la cual libra tantos intereses? ¿Por qué causa? Os la diré sin rebozo.

El Oriente está unido, bajo el látigo si quereis, pero unido en una aspiración común. El hombre que lo dirige se ha elevado á la categoría de un Mesías en esos pueblos tan dados al mesianismo, por haber abolido la servidumbre en sus dominios, haber realizado la unidad de la raza eslava en espíritu y haber puesto la planta vencedora de sus soldados en el área de Constantinopla. El oriente está unido; el occidente desunido. ¿Por qué estamos desunidos? Porque hemos dejado la representación de nuestros intereses á una política que no podía representarlos, á la política inglesa. Y no puede representarlos, porque, marítima esencialmente, desconoce cómo ha decaído en fuerza, desde que los nuevos descubrimientos han limitado el alcance de las escuadras; porque, aristocrática, se empeña en mantener el ejército mercenario cuando la democrática Europa presenta por el armamento universal un ejército de ciudadanos, superior, como fué superior el ejército de Roma al ejército de Cartago; porque imprevisora, mantiene la utopía reaccionaria de la integridad de Turquía, rechazada por la conciencia humana del suelo europeo; porque, ciega, sabiendo que la herencia del imperio bizantino se ha dividido entre los eslavos, protegidos naturales de Rusia, y los griegos, protegidos naturales del Occidente, á pesar de haberles devuelto las islas Jónicas, no ha hecho cuanto debiera á fin de constituir á Grecia en la única heredera de Constantinopla; porque, avasalladora, tiene agravios inferidos á todo el Occidente, á Portugal, por guardarlo

en perpetua tutela; á Francia, por abandonarla en sus derrotas; á Italia, por poseer Malta, y á España, sobre todo, por detentar nuestra tierra, nuestra propiedad, el Peñón de Gibraltar, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, parte integrante de nuestra nacionalidad (*Aplausos prolongados*); ayer tomado por perfidia, hoy sostenido por fuerza, y cuya reivindicación deben transmitirse como legado necesario, unas á otras, todas las generaciones; porque no puede vivir, no, en paz, pueblo tan susceptible y digno como nuestro pueblo, con esa sombra en la frente, esa herida en el corazón y ese dolor en el alma. (*Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos*). Además, hay en Occidente dos pueblos en circunstancias bien críticas. El uno, el pueblo francés, antes emprendedor, tiene que limitarse hoy á la reorganización interior de sus instituciones en el seno feliz de una República conservadora y progresiva, porque la profundidad de sus heridas le incita á restañarlas á toda costa; otro, el pueblo italiano, tiene que combatir con una clase predominante en todas las naciones católicas y occidentales, clase que procura su perdición, por el quebrantamiento de su unidad, que tiene la clave necesaria por fuerza lógica incontrastable en la posesión de Roma, herida por esas maniobras teocráticas, cuyas amenazas la arrojan forzosamente de brazos de las naciones herejes y cismáticas, á la manera que en la Edad Media los güelfos arrojaban á los gibelinos en brazos del imperio germánico, y de los alemanes para que les libertaran de una servidumbre incompatible completamente con su gloriosa nacionalidad.

Pero, aparte de esto, la causa principal del conflicto presente se halla en la imprevisión con que el Occidente ha mirado la causa de sus verdaderos aliados los helenos; y la previsión con que el Oriente ha mirado la causa de sus verdaderos aliados los eslavos. Se sublevan en 1866 los candiotas, y porque son griegos, les deja abandonados el Occidente; se sublevan los bosniacos y los herzegovinos en

1875, y porque son eslavos, suscitan y avivan toda la cuestión de Oriente, encienden y alimentan esta guerra. Declaro que no conozco sofisma mayor ni más acreditado que el consistente en hacer de los búlgaros un pueblo eslavo, como pretende Rusia. Los búlgaros serán escitas que habrán habitado algún tiempo las orillas del Volga y que habrán sido tributarios de la Rusia allá por el siglo noveno, hasta que los incorporaron definitivamente los griegos al imperio de Bizancio y los sostuvieron allá en el territorio llamado por los antiguos romanos la Mesia inferior. Y la Rusia no solamente ha declarado que Bulgaria es un pueblo eslavo, sino que ha querido romper sus límites naturales y hacerle rebasar hacia el Mediodía la línea de los Balkanes, para que teniendo el Sur y el Norte de esta cordillera como por la reincorporación de la Besarabia, una parte tan considerable del Danubio, se eche un puente que vaya desde los palacios del Neva á los alcázares del Bósforo. Mirad la previsión oriental y la imprevisión occidental.

Las cuestiones religiosas tienen importancia en todas partes, pero mayor en Oriente, en esa tierra de los afectos exaltados. Y la Bulgaria, en 1868, atravesó una gran crisis religiosa. Unida al patriarcado griego, trató de separarse y constituir una especie de nacionalidad teológica independiente de Bizancio. En una de estas alternativas frecuentes cuando de tales asuntos se trata, hasta intentó convertirse al catolicismo y si no estoy equivocado, por algún tiempo fué católica. ¿Qué debió hacer el Occidente? Ó mantenerla unida á su antigua iglesia, ó impulsarla á que fuese católica. ¿Y qué hizo, señores diputados? Dejar tan grave cuestión abandonada, mientras Rusia conseguía que la nacionalidad independiente búlgara se fundara en la esfera religiosa, con la cual separábala del Consistorio bizantino presidido por un patriarca, y la acercaba al Consistorio moscovita presidido muchas veces por un general de caballería. (*Risas.*) Señores, este descuido del Occidente y este cuidado de Rusia en las cuestiones orientales ha traído lo que Rusia

esperaba y lo que nosotros temíamos: su omnipotencia allí y nuestros desastres.

Y yo pregunto; después de estas largas enumeraciones, por las cuales os pido perdón y que jamás emprendiera sin contar de antemano con vuestra benevolencia, ¿creeis posible que tantos problemas se susciten y se resuelvan sin que nosotros expresemos una aspiración, digamos una queja, demos una opinión ó un consejo?

No habéis de nuestra debilidad, no os lo consiento. Dos cosas hay á que no puedo acostumbrarme: á oír llamar desdichada y á oír llamar débil á la nación española. ¡Desdichada la nación que ha visto á Francia tres veces invadida y desmembrada en lo que va de siglo; á Italia con los austriacos en Venecia y los franceses en Roma; á Prusia casi borrada del mapa por la batalla de Jena, y casi sometida á la esclavitud por el despotismo de la antigua Confederación germánica y por la humillación de Olmutz; mientras España ha conservado lo más difícil de conservar, el imperio sobre sí misma en una incontrastable independencia. Si desgraciados, confesad que somos los artifices únicos de nuestras desgracias.

¡Y qué digo débiles! ¡Débil la nación española! Débil es para la libertad: para la guerra no es débil, antes muy fuerte. A cuantos digan que nosotros hemos perdido en la práctica de las instituciones modernas aquel temple antiguo que nos dió tanta fuerza, mostrármelas inmediatamente la guerra de Cuba, á millares de leguas, en mares inmensos, en clima tropical, bajo los rayos de aquel sol tan fecundo en exuberante vida como en desoladora muerte; con el vómito en las costas, con la fiebre en las selvas; frente á frente de pasiones tan hiperbólicas como aquella exuberante vegetación, y de un enemigo que se condensa y se deshace cual las trombas en el mar y cual las arenas en el desierto; y conservando entre tantas pruebas la resignación, la sobriedad, la paciencia, la audacia, el heroísmo, las virtudes militares de todos los tiempos, que

han obrado los milagros cuyos resplandores llenan desde la primera hasta la última página de toda nuestra vida histórica y muestran el poderío y la firmeza de nuestro pueblo. (*Aplausos.*)

Señores diputados: supongamos que, en efecto, somos débiles. Pues tenemos mucho menos que reivindicar, mucho menos que hacer que otros pueblos más débiles, inmensamente más débiles que nosotros. El Piamonte vencido en Novara, bajo la amenaza del Austria y de la Alemania entera, dijo sus quejas, y nosotros que no tenemos tantas, tenemos sin embargo las suficientes para abrazar una política internacional definida; porque mala era la política de Carlos III, fundada en el pacto de familia, pero peor es no tener ninguna política. Aquel que no se arriesga á contar enemigos, acaba por no contar tampoco amigos. Nosotros necesitamos cierta libertad en la costa marroquí; necesitamos que no haya tutela extranjera en ninguna porción de la península; necesitamos que nadie amenace ni las Filipinas ni Cuba; y por último, necesitamos que el Estrecho esté en nuestras manos, porque nuestras manos bastan para seguro y garantía de la libertad de los mares. La angustia es tan suprema, que el Occidente entero deberá hacer un supremo esfuerzo.

Y yo digo más, aunque se me trate de visionario y de utópico; yo se lo digo á Europa: más tarde ó más temprano, desde las orillas del Danubio hasta las orillas del Guadalquivir habrá una inteligencia occidental; más tarde ó más temprano, habrá una reconciliación entre la raza latina y la raza germánica, sin exceptuar á Prusia, á pesar de los recientes agravios de Francia, no tan grandes como los antiguos agravios de Italia. Pues qué señores, ¿cuánto no os burlabais vosotros, los conservadores, cuando venían aquí los demócratas á invocar las ideas de raza? Hicisteis muchas veces esas ideas asunto de vuestras burlas y pasto de vuestro ingenio; y sin embargo, ¿es algún tribuno, es algún demagogo, es algún filósofo, es al-

gún utopista el que mantiene que se han de confederar y se han de unir todos los pueblos orientales, porque todos pertenecen á una misma raza, á la raza eslava? ¿Y sabéis lo que se enseña en las escuelas eslavas? Se dice: «nosotros somos la raza sintética del mundo»; si nosotros somos la raza más individualista y más social de la historia, si nosotros tenemos todos los principios sociales y todos los principios individuales, nosotros formamos la verdadera armonía.

Los latinos, ¿qué habeis hecho? Las obras socialistas, las obras que han anulado completamente la personalidad humana: el imperio, el derecho romano, el Pontificado, el catolicismo, la Monarquía española. Vosotros, germanos, ¿qué habeis hecho? Todas las obras individualistas, anárquicas de la historia: la irrupción de los bárbaros, el feudalismo, la Reforma, la revolución de Inglaterra, la revolución de los Estados Unidos. Vosotros no os podeis entender, porque formais con vuestros principios irreconciliables una antinomia histórica irresoluble. Y sin embargo, yo les diría: si hay algo verdadero en la historia moderna, es la inteligencia permanente entre la raza eslava y la raza latina. También se entienden las naciones por medio de la guerra, también la guerra es un lazo de relaciones. Podríamos buscarlas entre el arte alemán y el arte italiano, entre el Renacimiento y la Reforma; pero nos llevaría muy lejos. Lo que yo digo es, que siempre que la raza latina ha exagerado sus principios sociales, ha venido á traer un elemento suyo á esos principios exagerados la raza germánica. Cuando nosotros caimos bajo el imperio Romano y éramos una nueva Asia, los germanos trajeron los principios de variedad y de individualidad con sus tribus rejuvenecedoras; cuando el imperio de Carlo-Magno nos volvió al imperio Romano, los germanos opusieron otra levadura de independencia personal con el feudalismo; cuando el poder pontificio creaba una conciencia unitaria y social, los germanos encendieron la conciencia íntima con la Re-

forma; cuando Felipe II intentó una reacción católica y monárquica, del seno germánico surgieron Guillermo de Orange en tierra, Drake en mar; y cuando Napoleón intentó otra reacción semejante á la reacción de Felipe II, del seno germánico, Nelsson en el mar y Blucher y Wellington en tierra.

Y lo mismo sucede en la raza germánica, disciplinada y unificada por la raza latina. Cuando la tribu anárquica del Norte destruía todos los principios de unidad social, cautivábala con su prestigio la sombra misma del imperio romano destruido; cuando el feudalismo llegaba hasta la disolución y la anarquía, levantábase el pontificado y el imperio, dos creaciones igualmente latinas; y al término de la Edad Media, en tiempos en que la anarquía se extendiera por toda Alemania, y no encontraba Rodolfo cetro donde jurar, y Segismundo parecía un César litúrgico ayudando á misa en el Concilio de Constanza, y Carlos IV creaba las oligarquías guerreras con sus ordenanzas, y Federico era salvado de inminente cautiverio turco por un monje, la unidad alemana fué salvada por el genio español simbolizado en el gran nombre y en el gran genio de Carlos V. Estas relaciones dicen de una manera indudable cuán necesaria es una inteligencia estrecha entre ambas razas.

Ignoro qué acontecimientos la traerán; ignoro por qué camino podrá venir en nuestro tiempo; pero sé á ciencia cierta que ha de suceder, porque los más amenazados por la raza eslava son los germanos, y tarde ó temprano los germanos buscarán su centro de gravedad, el Occidente. No faltaba más sino que todos cuantos hemos aplaudido el ministerio de Prusia en el mundo, todos cuantos le hemos anunciado que sería el Piamonte alemán, todos cuantos hemos creído que estaba en su seno el espíritu moderno, ¡ah! nos viéramos precisados á arrepentirnos bajo la triste consideración que esta grande hechura de las revoluciones modernas, solo había traído al Occidente el predominio eterno de la raza eslava. No, no hará eso el grande hombre

que rige los destinos de Alemania. Señores, para cumplimiento de este mi deseo, chocamos con dos obstáculos gravísimos; los observo á primera vista y los digo sin reservas. El uno está en las heridas de Francia; el otro está en las declaraciones de Roma, ó mejor dicho, en las declaraciones del Vaticano. Pero si son graves, no son insuperables. Y, señores, me toca tratar de la elección del nuevo Papa. Si en los asuntos de Oriente encuentro vuestro mensaje reservado, en los asuntos de Roma encuentro vuestro mensaje incompleto. Concíbese y explicase que, en vista de las complicaciones crecientes, en previsión de catástrofes futuras, os hayais callado con ese profundo silencio, respecto á los problemas orientales. Pero no puede concebirse ni explicarse que, confesando el Gobierno la libertad absoluta del Cónclave, escatimais vosotros un elogio merecido al pueblo y al Gobierno que con tanta felicidad la han procurado; al pueblo y al Gobierno italiano. Y la felicidad merecía notarse.

En el momento más crítico de la historia moderna, en los días de la aproximación de los rusos á Constantinopla; con el Ministerio más avanzado que puede hoy tener Italia, con un Ministerio compuesto de reformadores tan valerosos como el ministro de Justicia, y estadistas tan radicales como el ministro de Gobernación; enfrente de las conmociones democráticas que casi han amenazado la ley de garantías; junto al lecho mortuorio de un monarca prudentísimo y bajo el advenimiento inesperado de otro monarca mucho más joven y mucho más exaltado, aunque igualmente patriota, crisis temible á la monarquía y á la dinastía de Saboya; doloridos los ánimos y alteradas las pasiones, cual sucede en todos estos trances; telégrafo y vapor, esos milagros de la ciencia tan maldecida por ciertas escuelas, hayan reunido con tal presteza reino de Italia y Ministerio radical; esos engendros de la revolución y del derecho moderno, tan excomulgados á todas horas, hayan respetado con respeto tan profundo á los cardenales, que al ver-

los desasidos de las cosas mundanas y de las ocupaciones políticas, sin necesidad de mezclarse en las minuciosidades del gobierno y en las exigencias del orden público, bien podemos decir como aquellos que oían erugir los altares paganos cuarteados y aletear el Paraeleteo sobre la techumbre del cenáculo, que hemos visto llover en llamas sagradas el Verbo de Dios sobre la cabeza de nuestra civilización é inaugurarse para siempre el divino reino del puro y creador espíritu que ha de abrir una era superior en nuestros anales y ha de animar tarde ó temprano con su purísima esencia el cuerpo joven y robusto de una nueva Europa. (*Aplausos.*)

Cuando llegamos á la madurez de nuestra vida, sentimos un doble sentimiento de dolor á las esperanzas frustradas, y de satisfacción á los principios cumplidos. ¡Qué placer tan puro hemos experimentado cuantos sostuvimos hace quince años la inutilidad del poder político de los Pontífices al ejercicio de su ministerio religioso, viendo cómo el más temido de los interregnos ha resultado el más sereno; y el menos poderoso, materialmente, de los Cónclaves, ha resultado moralmente el más libre! No quiero que caigais en la tentación de llamarme, como tantas otras veces, fantaseador de la historia, y por lo mismo no os recuerdo lo que fueron antiguos interregnos pontificios: los saceratísimos despojos abandonados; la cámara mortuoria saqueada; los palacios romanos convertidos en fortalezas; las tropas mercenarias esparcidas para cobrarse á mano armada las pagas; reanimados los partidos que tenían costumbres y pasiones feudales; las cárceles abiertas para dejar paso á los criminales; las cadenas puestas en todos los barrios á fin de interceptar el paso á los enemigos; las profanaciones en tanto número y la anarquía en tanto grado, que en cuanto la campana del Capitolio plañía la muerte de un Pontífice, trocábase Roma en sangrienta arena, según el dicho de un contemporáneo, semejante á las arenas paganas donde combatían los gladiado-